**EL CONSEJO DE DIOS MEDIANTE EZEQUIEL**

Ezequiel 2:1-5

INTRODUCCIÓN:

Ezequiel cuyo nombre significa “Dios es mi fortaleza” era un sacerdote, quien, después de cinco años de haber sido transportado a Babilonia como prisionero por el imperio babilónico, se encontraba junto al rio Quebar, que es un tributario del río Éufrates en lo que hoy es Irak, cuando de pronto tuvo una visión, donde “los cielos se abrieron y vi visiones de Dios” dijo. “Y miré y he aquí venía del norte un viento tempestuoso, y una gran nube, con un fuego envolvente, y alrededor de él un resplandor, y en medio del fuego algo que parecía como bronce refulgente” (1:4) y después de describir todo lo que estuvo viendo, Dios le habló. “Me dijo: Hijo de hombre, ponte sobre tus pies, y hablaré contigo. Y luego que me habló, entró el Espíritu en mí, y me afirmó sobre mis pies, y oí al que me hablaba” (2:1-2)

Podemos señalar lo que ocurrió cuando Dios le habló. “y luego que me habló, entró el Espíritu en mí”. Entró el Espíritu de Dios en Ezequiel por la palabra de Dios y toda su vida fue transformada, porque a partir de ese momento se convirtió en un profeta, en un mensajero de Dios para su pueblo que estaba en cautiverio y para todas las generaciones futuras, y eso nos incluye a nosotros. Y lo que Dios le mostró y le dijo lo dejó atónito, sin palabras.

A veces se habla del “silencio que aturde”. Aturdir es dejar momentáneamente a una persona sin la capacidad de reaccionar, o de razonar, o comportarse de manera normal, debido a un golpe, o una explosión. Pero no solamente un ruido fuerte aturde, sino también el silencio. Por ejemplo, cuando recibimos una noticia que no esperábamos.

Sentimos este “silencio que aturde” cuando nadie dice nada en una reunión durante mucho tiempo y todos comienzan a inquietarse. También sentimos ese silencio que aturde cuando alguien nos trae una mala noticia que nos descoloca. Decimos entonces “me cayó como un balde de agua fría”. Y consternados exclamamos: “¿Cómo que murió? No puede ser, ¿Qué estás diciendo?” A muchos les sucede que no atinan a nada, ni siquiera a decir una palabra, quedan totalmente mudos. El golpe o el shock de lo que acababan de oír los dejó aturdidos y mudos.

Es lo que ocurrió con Ezequiel, según nos relata diciendo: “Y vine a los cautivos en Tel-abib, que moraban junto al río Quebar, y me senté donde ellos estaban sentados, y allí permanecí siete días atónito entre ellos”. (Ezequiel 3:15) “Permanecí siete días atónito” Atónito significa “Que está sorprendido, asombrado o desconcertado ante algo poco habitual, y no comprende lo que pasa ni sabe cómo reaccionar.” Es lo que ocurrió con Ezequiel: estuvo atónito, aturdido.

Ezequiel se encontraba en Babilonia donde fue llevado como prisionero de guerra junto con otros sacerdotes, el rey Joaquín, la clase noble y la gente mejor calificada durante la primera invasión en el año 597 antes de Cristo. El templo de Jerusalén, aunque fue saqueado por los babilonios, no fue destruido en esta ocasión. Y todos pensaban que ocurriría lo mismo que en el año 925 antes de Cristo, cuando el faraón Sisac invadió la ciudad, saqueó los palacios y el templo y se fue, y poco a poco la ciudad se fue recuperando y el templo volvió a tener su riqueza. Muchos profetas anunciaban que pasaría lo mismo y que los que fueron llevados cautivos volverían a Jerusalén y recuperarían sus posesiones, lo mismo que el templo.

Estas esperanzas eran alimentadas por los falsos profetas tanto en los que se quedaron en Jerusalén, como los falsos profetas que estaban en Babilonia que anunciaban que los cautivos muy pronto serían liberados. Por eso, el profeta Jeremías, desde Jerusalén les escribió una carta a los cautivos diciendo que no era verdad, que no regresarían y que morirían en Babilonia, que era mejor que se hicieran a la idea, que construyeran casas, se casaran, y que buscaran la prosperidad de la ciudad a donde fueron deportados. Y el profeta Ezequiel en Babilonia, por su parte, tuvo una visión de Dios que confirmaba lo que escribió Jeremías. Y no solamente esto, sino que Dios le mostró que el templo de Jerusalén sería totalmente destruido. Lo que ocurrió después de 10 años de la primera deportación.

Nadie podía creer semejante cosa. ¿Cómo el templo de Dios puede ser destruido? ¿acaso Dios no habita en su templo? Si Dios está allí, nunca será derribado porque Dios lo protege. Pero 10 años después de la primera deportación el territorio fue nuevamente invadido por los babilonios, y en esta ocasión con mayor furia, crueldad y ansias de hacer polvo al país. Y eso ocurrió en el año 587 antes de Jesucristo con el segundo ataque del Nabucodonosor II, devastando toda la tierra y pulverizando el templo.

La noticia de la caía de Jerusalén y la destrucción del templo llegó a Babilonia el mismo día en que murió la esposa de Ezequiel, como Dios le había anticipado diciendo “He aquí que yo te quito de golpe el deleite de tus ojos, no endeches, ni llores, ni corran tus lágrimas. Reprime el suspirar, no hagas luto de mortuorios…” y luego escribió “Hablé al pueblo por la mañana y a la tarde murió mi mujer, y a la mañana hice como me fue mandado” (Ezequiel 24:15-18)

Ezequiel era un ejemplo vivo de lo que ocurriría con todos los que alimentaron sus falsas esperanzas durante esos diez años. Al saber la noticia, quedarían atónitos, sin siquiera poder llorar por sus difuntos, sin siquiera poder acompañar a sus muertos en un velatorio.

Todos se preguntaban ¿Por qué Dios permitió esto? ¿Por qué dejó que destruyeran el templo? El país fue devastado, la gente fue esparcida hacia diferentes naciones, lejos del culto, y la fe de la nación entró en crisis.

Después de cada golpe, después de cada silencio que aturde, después que nuestras expectativas se hayan roto, y nuestras esperanzas desaparecido, después de sentir ese vacío de Dios, como si nos hubiese abandonado, el Señor enciende una luz en la oscuridad, ilumina nuestra razón, aclara nuestros pensamientos para revelarnos su propósito escondido en todo lo que nos ha ocurrido y nos dice

**I FUE LA ÚNICA MANERA**

Por siglos Dios ha intentado que su pueblo deje la idolatría, pero no pudo. La adoración y veneración de imágenes era tan fuerte que ni las continuas amonestaciones, ni las enseñanzas, ni las súplicas, ni los castigos, ni nada parecía tener efecto. También Dios ha intentado arrancar la rebeldía de sus corazones pero el pueblo seguía cada vez más obstinado desafiando su autoridad. Así que Dios permitió el desmembramiento de la nación, para luego volver a reunirlos. Esa fue la única manera de sacar de sus vidas la idolatría.

En Ezequiel 11:16-20 dice “Por tanto, dí: Así ha dicho Dios el Señor: Aunque les he arrojado lejos entre las naciones, y les he esparcido por las tierras, con todo eso les seré por un pequeño santuario en las tierras donde lleguen. Di, por tanto: Así ha dicho Dios el Señor: Yo os recogeré de los pueblos, y os congregaré de las tierras en las cuales estáis esparcidos y os daré la tierra de Israel. Y volverán allá, y quitarán de ella todas sus idolatrías, y todas sus abominaciones. Y les daré un corazón y un espíritu nuevo pondré dentro de ellos, y quitaré el corazón de piedra de en medio de su carne, y les daré un corazón de carne para que anden en mis ordenanzas y guarden mis decretos y los cumplan y me sean por pueblo y yo sea a ellos por Dios.”

Como vemos también, después de este terrible golpe, el templo dejó de ser el único aglutinante de la nación, porque ya no existía, y en lugar del templo, Dios mismo sería el centro de adoración en cada familia. Dios les dijo “con todo eso les seré por un pequeño santuario en las tierras donde lleguen”. Y más adelante se reunirían varias familias para adorar a Dios y estudiar su palabra, y esas familias edificarían las primeras sinagogas en todos los países donde vivían. La palabra “sinagoga” significa “lugar de reunión”, en hebreo “Beit Knesset” que significa “Casa de la Asamblea”, por esta y otras razones a Ezequiel se lo llamó “el padre del judaísmo” porque evitó que el pueblo perdiera su identidad y pudiera regresar para reconstruir la nación. La sinagoga fue luego un modelo que la iglesia cristiana adoptó, y en lugar de sinagoga la llamó “ekklesía” es decir “iglesia” que significa también “asamblea o reunión”, que es exactamente lo mismo.

Cuando la iglesia cristiana fue perseguida y esparcida por el mundo, convirtió cada casa en un santuario para Dios, y comenzó a reunirse con otras familias para luego formar una iglesia. Lo que Dios hizo con Israel, lo hizo con la iglesia. Y lo sigue haciendo. Por eso debemos pensar en la multiplicación de iglesias. En lugar de pensar en un gran y único lugar de reunión, debemos levantar cientos y miles de lugares para orar, estudiar la Biblia, evangelizar, edificar a los creyentes, levantar nuevos liderazgos y multiplicarnos.

Debemos detenernos y pensar si el golpe que recibimos no ha sido la única manera para sacarnos de nuestra idolatría para que nos enfoquemos en él y en su propósito. No todos, pero muchos venezolanos lo han entendido así y me han dicho que la crisis de su país los obligó a salir a toda América Latina para unirse a las iglesias, para predicar el evangelio, para construir un nuevo futuro con esperanza. Le encontraron un propósito divino a su diáspora. La mayoría de las iglesias evangélicas que se formaron en Argentina se debió a la inmigración de muchísimos creyentes europeos debido a las guerras y el hambre.

Por eso debemos preguntarnos si Dios quiere decirnos algo en medio de la crisis económica y moral que estamos viviendo. Tal vez Dios está hablándonos y nosotros no oímos, porque no estamos prestando atención. No esperemos que nos diga “fue la única manera”. Si uno no entiende a las buenas, entenderá a las malas. Así que digamos como Samuel “Habla Señor, que tu siervo oye”.

**II SI TE DIGO QUE PROFETICES, PROFETIZA**

Generalmente no le damos valor a las palabras, ni a lo que decimos o a las que otros dicen, porque a veces las palabras son palabras vacías, sin significado, sin sustento. Se dice “las palabras se las lleva el viento”, porque las promesas no se cumplen. Los juramentos se convierten en perjurios cuando se los quiebra.

Como la canción italiana originalmente cantada por Mina Mazziani y Alberto Lupo “Parole, parole, parole”, (palabras, palabras, palabras) las promesas, los juramentos, son solo palabras. Así, para algunos las palabras son solo palabras porque todos mienten. Pero para Dios no es así. Las palabras tienen poder. Para Dios las palabras tienen poder creativo porque Dios mismo hizo el universo por medio de su palabra.

Y esto tenía que aprender Ezequiel y el pueblo de Israel. Así que el Espíritu de Dios llevó a Ezequiel y lo puso en medio de un valle lleno de huesos secos. Y le hizo caminar alrededor para que vea que eran “muchísimos sobre la faz del campo” y para que note también que estaban muy secos, y “secos en gran manera” (37:2) Y después le hizo esta pregunta “Hijo de hombre ¿vivirán estos huesos?” Ezequiel no sabía qué responder, y dijo “Señor Dios, tú lo sabes*”.* Es probable que haya pensado “Jamás vi que unos huesos vuelvan a la vida, y menos huesos tan secos, supongo que es imposible", pero Dios es Dios y él tiene la respuesta.

“Me dijo entonces: Profetiza sobre estos huesos y diles: Huesos secos oíd palabra de Dios. Así ha dicho Dios el Señor a estos huesos: He aquí yo hago entrar espíritu en vosotros y viviréis”. Todo esto iba contra toda lógica y así que podía haber dicho Ezequiel “Pero Señor, son huesos secos, no tienen oídos, no podrán escucharme, esto es una locura”, pero Dios le dijo “¡Profetiza! Y Ezequiel obedeció, y ¿qué ocurrió? “Profeticé, pues, como me fue mandado, y hubo un ruido mientras yo profetizaba y he aquí un temblor, y los huesos se juntaron cada hueso con su hueso, y miré y he aquí tendones sobre ellos, y la carne subió y la piel cubrió por encima de ellos, pero no había en ellos espíritu. Y me dijo: Profetiza al espíritu, profetiza, hijo de hombre, y dí al espíritu: Así ha dicho Dios el Señor: Espíritu, ven de los cuatro vientos, y sopla sobre estos muertos y vivirán. Y profeticé como me había mandado, y entró espíritu en ellos y vivieron y estuvieron sobre sus pies, un ejército grande en extremo” (Ezequiel 37:7-10)

Hay personas que están tan secas por dentro, tan muertas interiormente, como estos huesos, que es casi imposible imaginar que crean, es casi imposible imaginar que la vida de Dios puede venir sobre ellos, es casi imposible imaginar que crean al evangelio y que reciban a Jesucristo. Y como a Ezequiel Dios nos pregunta “¿Vivirán estos huesos?” Tú lo sabes, Señor. Entonces nos dice “Profetiza, dí a estos huesos, háblales, lanza la palabra de fe, predícales el evangelio de vida, porque las palabras de Jesús son “espíritu y son vida”, Predica, predica, predica hijo de hombre y vivirán, dí al Espíritu “ven de los cuatro vientos” sopla Espíritu, sopla en ellos.

Si Dios te dice que debes anunciar el evangelio, anuncia el evangelio. ¡Así dice el Señor! Y por la Palabra de Dios volverán a la vida.

**III NO TE QUEDES EN LA ORILLA, AVANZA A LO MÁS PROFUNDO**

Mientras Ezequiel estaba contemplando cómo salían aguas debajo del umbral de la casa de Dios y cómo descendían hacía el exterior, vio que un varón salía con una cuerda para medir. En Ezequiel 47:3-5 dice “Y salió el varón hacia el oriente llevando un cordel en su mano y midió mil codos (un codo medía aproximadamente 50 centímetros, serían entonces unos 500 metros) y me hizo pasar por el agua hasta los tobillos. Midió otros mil (otros 500 metros) y me hizo pasar por las aguas hasta las rodillas. Midió luego otros mil, y me hizo pasar por las aguas hasta los lomos (es decir “hasta la cintura”) Midió otros mil (otros 500 metros) y era ya un río que yo no podía pasar, porque las aguas habían crecido de manera que el río no se podía pasar sino a nado.”

Luego Dios le preguntó a Ezequiel “¿Has visto hijo de hombre?”. Como si le preguntara “¿Estás entendiendo lo que quiero decirte?” Quiero decirte que las aguas de vida fluyen para que entres en ellas, que tu experiencia con mi poder y mi presencia no sea algo que contemples de afuera sino que te metas adentro. Tienes que entrar en las aguas, que sientas que el agua moja tus tobillos, y sigue caminando. No te quedes con lo básico de lo que quiero mostrarte, no te quedes solo en la orilla con lo elemental de la fe, o solo con el arrepentimiento, avanza hacia adentro hasta que sientas que te llegan las aguas hasta las rodillas, profundiza tu vida de oración. Sigue avanzando hasta que el agua te llegue a la cintura, no te detengas allí, no te detengas diciendo “tengo cintura para manejar esto” sigue otro tramo más, porque ya no harás pie. Solo podrás cruzar a nado. Allí solo puedes mantenerte a flote nadando. Los que viven por fe no hacen pie, no tocan el fondo para sentirse seguros. Se dejan llevar por el río de Dios.

Como dice Salmos 84:5-8 “Bienaventurado el hombre que tiene en ti sus fuerzas, en cuyo corazón están tus caminos. Atravesando el valle de lágrimas lo cambian en fuente, cuando la lluvia llena los estanques. Irán de poder en poder; verán a Dios en Sion” o como dice Pablo en 2 Corintios 3:18 “somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen como por el Espíritu del Señor”.

CONCLUSIÓN:

Dios quiere llevarnos de poder en poder y de gloria en gloria y solamente puede hacerlo si tenemos nuestras fuerzas en él, si seguimos sus caminos, es decir, su consejo. Si definitivamente reaccionamos de la sacudida que recibimos y le escuchamos diciendo “si te digo que profetices, profetiza”, habla, predica, anuncia el evangelio y verás su poder transformador, aun en los que piensas que están secos como los huesos, y avanza. No te quedes con lo esencial, sumérgete en el río de Dios que fluye en las páginas de la Biblia, lee cada día las Escrituras, pide a Dios que te hable, toma notas, aprende de memoria los versículos más significativos. Nutre tu fe por la Palabra.